

LOS CAZA PESADILLAS

El inquilino fantasma

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: junio de 2020

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Edición ejecutiva: Berta Márquez

Coordinación editorial: Paloma Muiña

Coordinación de diseño: Lara Peces, Marta Mesa

Corrección: Francisco José Carvajal

© del texto: Pedro Mañas, 2020

© de las ilustraciones: Luján Fernández, 2020

© Ediciones SM, 2020

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-131-8774-7

Depósito legal: M-11236-2020

Impreso en la UE / *Printed in EU*

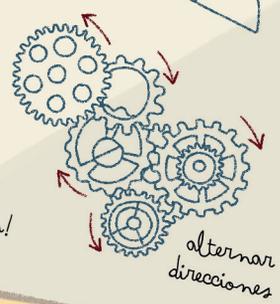
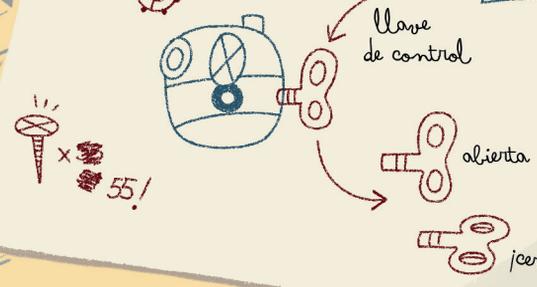
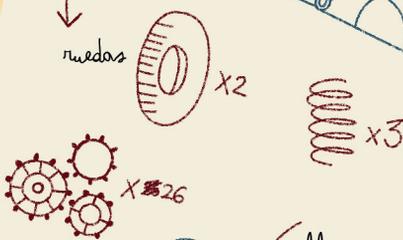
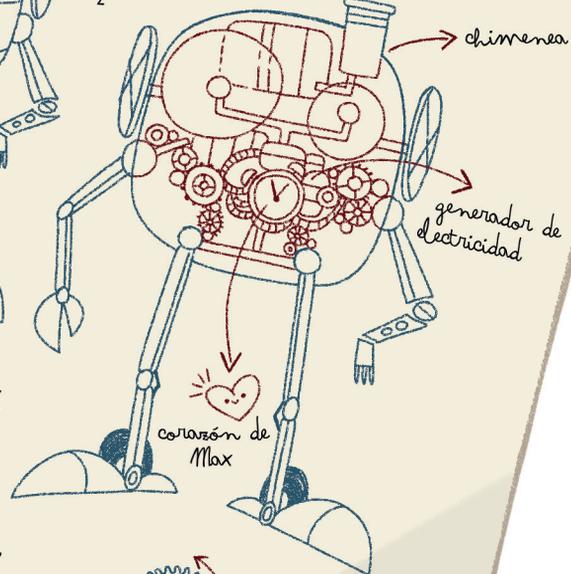
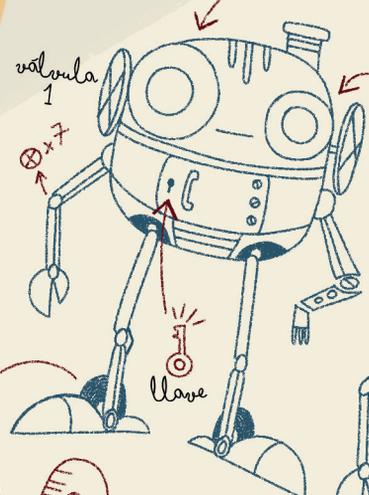
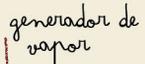
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Sara Cano,
con la que he compartido
tantas risas y pesadillas
como las que esconde este libro.*





MAX





PEQUEÑOS MUGRIENTOS

Me llamo Max Chatarra y dicen que me falta un tornillo.

¡No te preocupes, tengo más!

Pero vayamos por partes. Aquí al lado puedes ver las que forman mi cuerpo.

Y lo mejor es que casi todo salió de la basura. No costó ni un penique.

Hasta mis ojos están hechos con dos lámparas viejas. El izquierdo pertenecía a una linterna oxidada. El derecho es un faro de bicicleta que falla todo el rato.

Quizá por eso también dicen que tengo pocas luces.

No tendré luces, pero a cambio tengo suerte. Vivo en una ciudad preciosa llamada Londres. Quitando la suciedad, el hambre, el frío, la peste, la niebla, el mal olor, los ladrones, la lluvia y las cacas de caballo que cubren la calle, es un lugar maravilloso.

Mamá, en cambio, dice que no hay ciudad más horrible.

Ella fue la que me fabricó con la chatarra que suele recoger por ahí. Se llama Piper y es una gran mecánica. Al comienzo de esta historia, Piper tenía nueve años, ocho meses y tres días. Va casi cuatro, porque estaba a punto de amanecer.

Era 17 de octubre de 1893. Las siete de la mañana. Niebla ligera y olor a pis de gato.

¡Nos esperaba otro día maravilloso!

–Despierta, mamá –zumbé, poniendo a rodar mis engranajes–. Va a salir el sol.

–Pues que se vuelva a meter –refunfuñó Piper–. ¡Y no me llames «mamá», caray!

–Perdón, mami.

De un golpe, Piper cerró la tapa de su casa y se puso a roncar otra vez. Pacientemente, yo encogí las bisagras y me oculté también bajo mi tapa.

Quizá te extrañe que nuestras casas tuvieran tapa en vez de puerta. Pero eso es porque eran dos cubos de basura. Estaban junto a otros donde dormían muchos más niños.

Los Pequeños Mugrientos. Así llamaban en Londres a nuestro vecindario.

Se encontraba en un lugar precioso llamado Callejón Malaespina. Tenía ropa tendida de un lado a otro, una farola fundida y un montón de ratas que nos mordían cariñosamente. Estaban forradas de pulgas, que eran más cariñosas aún.

Cada mañana, los Pequeños Mugrientos salían de sus cubos para ganarse la vida. Algunos pedían dinero



a los paseantes. Otros, por no molestar, se lo cogían con disimulo de los bolsillos. De noche, todos volvían a roncar a su escondrijo.

A mí me hubiera gustado dormir como ellos. Por desgracia, jamás tengo sueño.

Por eso aquella mañana, aburrido, me puse a hacer sonar mi despertador. Lo tengo donde suele ir el corazón, pero el mío es mejor porque tiene alarma.

Como de costumbre, la vecina de arriba salió a saludarnos. A voces.

–¡Mocosos pobretones! –chilló–. ¿Cuál de vosotros está haciendo ese ruido insufrible?



¡¡RRRRNNNG...!!



Muy orgulloso, lo hice sonar más fuerte para que me oyeran mejor.. Los demás cubos se abrieron y de ellos brotaron caras de niños sucios y despeinados.

-¡Piper, haz que ese trasto se calle!

-¡Sí, apágalo de una vez para que podamos dormir!

-¡Lánzalo al río!

-Buenos días a todos -los saludé yo, haciendo girar mi cabeza como una peonza.

Un día más, la vecina nos duchó con su cubo de agua de fregar. Empapada, Piper manipuló algo en mi espalda. Mi reloj-corazón se quedó mudo. Aunque yo no, claro.

-¡Buenos días, mami! -sonreí-. ¿Puedo ir a jugar con los demás niños?

-Hay que ir a buscar trabajo, Max -negó Piper, dándome cuerda-. Y te he dicho mil veces que no eres un niño, caray.

-¿Qué soy entonces? -dije sorprendido.

-¡Un robot! -resopló ella-. ¡A ver cuándo te entra en esa cabezota de lata!

¡Jo, qué tontería. ¿Cómo voy a ser yo un robot?

De verdad que me parto las tuercas de risa con Piper.

